cala de edades, desde los diecisiete o dieciocho años hasta los cuarenta y tantos. El ambiente era de camaradería, respeto e ilusión por aprender a cantar. Remacha estaba encantado y, como siempre que se entregaba a algo, comenzó por estudiar él mismo el modo de colocar los labios, proyectar la voz, etc. Y con canciones muy sencillas de la polifonía española de los siglos XV y XVI, a la vez que aprendían a solfear, iban cantando afinadamente y ellos mismos quedaban sorprendidos con el resultado.

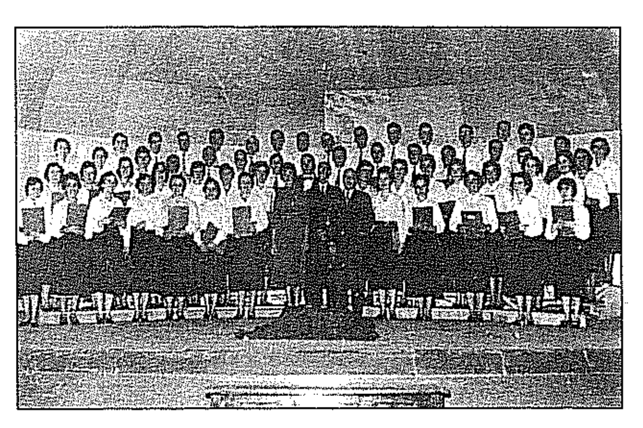
Trabajaban y ensayaban varios días a la semana, a última hora de la tarde, después de la jornada laboral. Cuando don Fernando llegaba, muy puntual, ellos ya le estaban esperando. El tono era distendido, se hacían bromas y chistes coreados con gusto y se absorbían con devoción las enseñanzas de Remacha, que tenía el don de ser ameno a la vez que didáctico. Para él era un 'hobby' y el contacto con los componentes del grupo, refrescante.

Poco a poco se iban introduciendo mejoras y Remacha iba delegando: el maestro Castellano, veterano profesor de solfeo, se encargaba de la ardua tarea de la enseñanza musical, y un discípulo de Bilbao, Carmelo Llorente, con experiencia en la dirección, se hizo cargo de ellos. Don Fernando supervisaba y organizaba, haciendo planes e ilusionándolos con la idea de dar conciertos cuando estuvieran preparados.

Para los conciertos al aire libre, copió de una revista la idea de la «bóveda acústica» de la sala Pleyel, de París, y, con ayuda de los dibujos de un amigo y el buen hacer de un carpintero tudelano, consiguió una réplica efectiva y desmontable.

El Coro de Tudela hizo su presentación oficial el 4 de noviembre de 1955 en un homenaje al maestro Joaquín Gaztambide, en el teatro tudelano que lleva su nombre.

Hubo palabras del alcalde, poemas dedicados a Gaztambide y aplausos fervorosos al Coro.

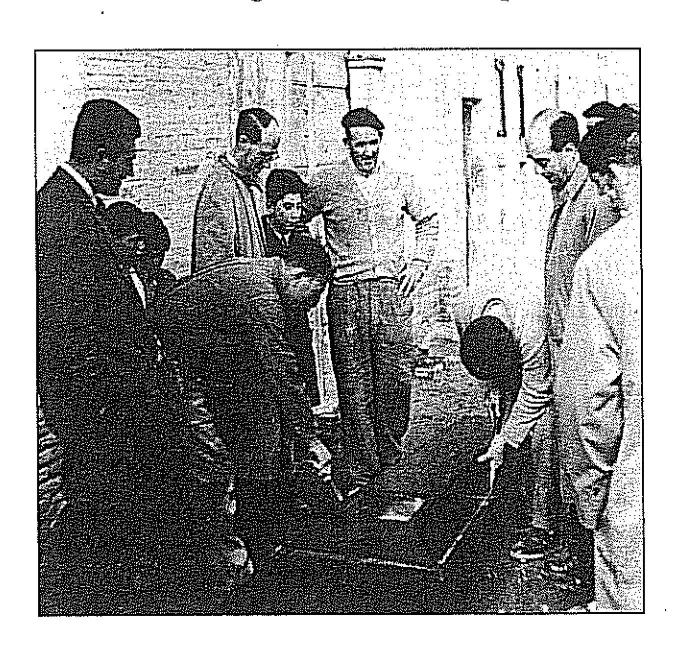


Presentación del Coro de Tudela. 4 de noviembre de 1955.

Los fondos recaudados con el concierto estaban destinados a erigir un panteón al que se trasladarían los restos del músico, que hasta entonces se encontraba, de prestado, en el perteneciente a una familia de la ciudad.

Los restos de Gaztambide

El día 23 de diciembre de 1955, la comisión encargada de la erección del panteón a Gaztambide –formada por Fernando Remacha, su cuñado Esteban López de Goicoechea como Secretario del Ayuntamiento y juez de paz y su hermano José María como forense– se dirigió al cementerio para sacar



Examinando los restos de Gaztambide (Tudela 23-12-1955).

el féretro del panteón donde se hallaba depositado desde hacía treinta y cuatro años y tenerlo dispuesto para su traslado al definitivo. José María, como forense y curioso, porque sabía que Gaztambide había sido un hombre extraordinariamente fuerte para su época, insistió en abrir el ataúd, que estaba precintado y forrado de zinc. Pues bien, se encontraron con la sorpresa de que el cadáver era muy pequeño y con zapatos de tacón. Al examinarlo más minuciosamente pudo comprobar que se trataba de una mujer. Lo peor del caso fue que no estaban solos y el descubrimiento trascendió a la prensa. Al día siguiente el *ABC* de Madrid publicó la siguiente nota de la agencia CIFRA:

«(...) Los comisionados pusieron el hecho en conocimiento de las autoridades y se proponen hacer gestiones encaminadas a averiguar el paradero de los restos del llorado músico.

«(...) cabe suponer que se trata de algún pariente suyo, cuyos restos, sin duda involuntariamente sustituyeron a los del artista. Se desecha toda posible duda respecto a alguna posible equivocación sufrida aquí (...)».

Nunca se supo exactamente lo ocurrido, pero durante bastante tiempo hubo cruce de cartas con los familiares de Gaztambide (sobrino-nietos) dando y pidiendo detalles que pudieran llevar a aclarar el misterio. Parece ser que el ataúd vino de la Sacramental de San Martín, cuyos restos, al desaparecer este camposanto, fueron trasladados a otros. Quizá en la confusión del traslado se hiciera el cambio. El asunto quedó pendiente y los hermanos Remacha fantaseaban más tarde sobre cómo la pobre difunta había sido paseada y homenajeada triunfalmente años atrás. Según Fernando, la culpa de todo la tenía José María porque, si no se hubiera empeñado en reconocer el cadáver, la buena señora hubiera seguido presidiendo los actos del homenaje y el ataúd hubiera acabado ocupando su puesto en el panteón previsto.

El 19 de enero todavía seguía la polémica. En el diario *Madrid* se publicó una «carta abierta al director» del jefe de las oficinas de la Archicofradía Sacramental de San Pedro, San Andrés y San Isidro, en la que se niegan todos los datos publicados referentes a dicho cementerio y se afirma que «en él no fue sepultado el cadáver de dicho maestro».

Así pues, la «Desaparición de los restos de Gaztambide», como proclamaron los titulares de los diarios durante unos días, quedó en un enigma sin solucionar y el panteón que los tudelanos le habían preparado con toda ilusión, desocupado.

Los amigos jóvenes. Antonio Baciero

En la última época de Tudela, los universitarios inquietos de la ciudad pasaban largos ratos charlando con Remacha y escuchando con avidez sus experiencias y anécdotas. Posiblemente era uno de los pocos, si no el único, adulto que encontraban con ideas tan jóvenes o más que las suyas y de quien podían esperar un consejo acertado en el campo intelectual. Uno de estos jóvenes amigos era José Rafael Moneo, entonces estudiante de arquitectura y ahora uno de los arquitectos españoles más conocidos a escala internacional. Él trajo un día a la casa de Tudela a Antonio Baciero. Remacha ya le conocía porque años atrás había formado parte de un tribunal para la concesión de una beca Príncipe de Viana para estudios en el extranjero a la que Baciero se presentó y que le fue concedida.

Desde entonces, Antonio fue para Remacha como un hijo en el terreno musical, y en el humano, uno de sus mejores amigos y, sin ninguna duda, el que más le divertía. Cuando pasaban un día juntos, Remacha rejuve-